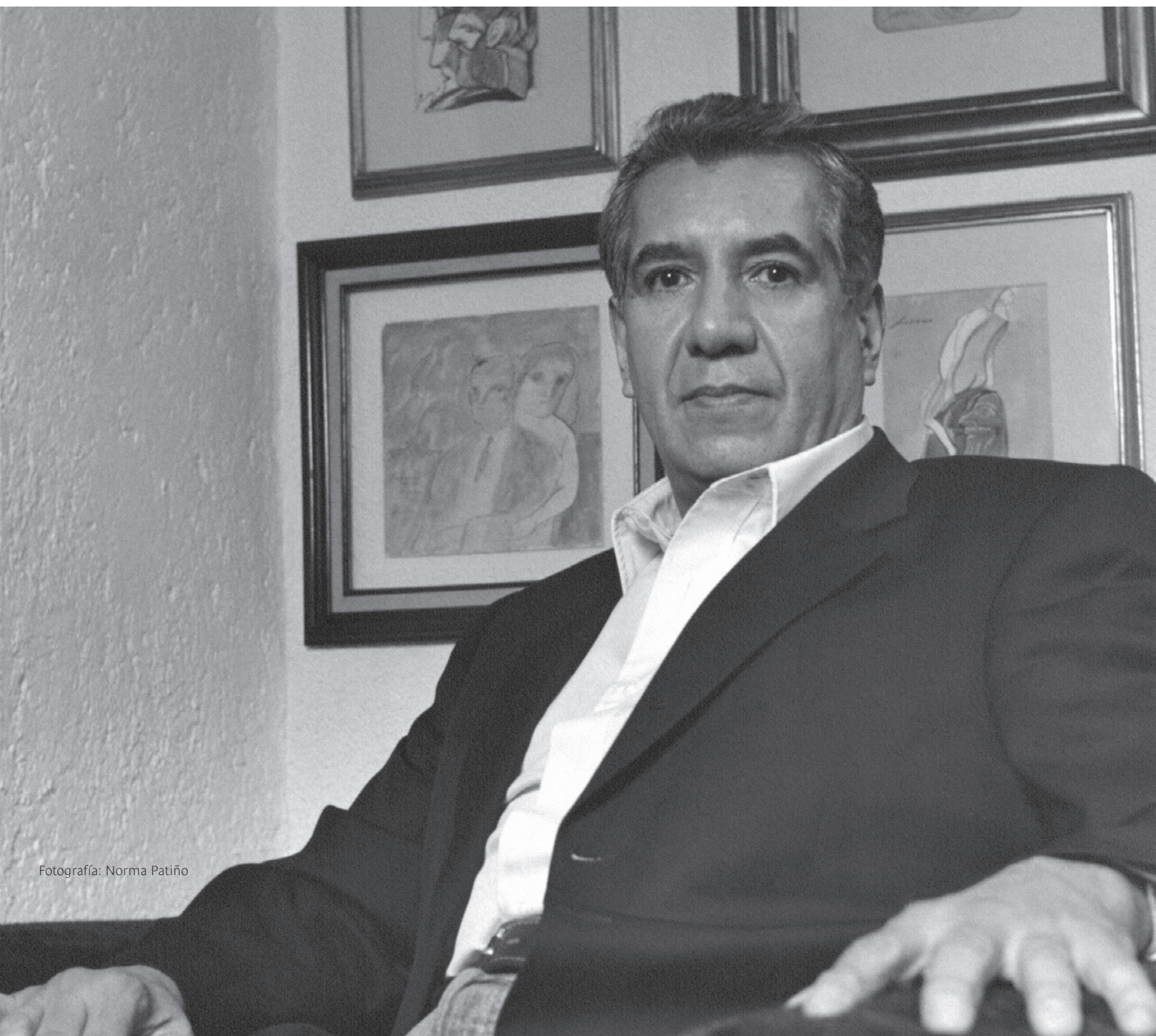


La revelación apócrifa de Avilés Fabila

Ramón Castillo



Fotografía: Norma Patiño

ES MEDIODÍA Y ESTAMOS EN LA SALA. La luz impregna cada rincón como si se tratara de la presencia del espíritu que cobija aquel momento de descubrimiento y paz. El sopor vespertino, luminoso y pleno de sosiego, transmite una sensación no experimentada antes. Hay un placer desconocido en escuchar aquella historia. Las palabras dibujan el milagro de un comienzo cuya simplicidad hace aún más fantástica la épica de un inicio que se remonta a la primera distinción entre luz y sombra.

Antes no existía un arriba o un abajo, todo era masa informe y sin tiempo. Luego, cada elemento tomó su lugar y fueron moldeados el espacio, la duración de las estrellas, la frescura de las mañanas, el sabor de la fruta madura. Al día siguiente —continuaba el relato— refulgió el trueno, el mar fue condimentado con sal y los animales cantaron su alegría. Fascinados, escuchábamos mi primo y yo el lejano eco de la creación.

Pero el idilio suscitado por el Génesis pronto se trastocaría en duda y, por ende, en motivo de pecado. Los peligros de la educación pública daban al traste con los esfuerzos amorosamente religiosos de mi tía. Al llegar al quinto día, cuando aves y bestias marinas hacen su entrada en este mundo, una sospecha me hizo interrumpir la lectura en voz alta. Formado bajo los preceptos de Charles Darwin, lo primero que deseé aclarar fue que, de manera obvia, si se habla del origen del mundo, aquellos primeros pobladores terrestres debieron ser pterodáctilos, velociraptors, diplodocus, entre otros tantos. No podía ser de otra forma. El silencio, por supuesto, sobrevino.

Mi infantil arrogancia aunada al cientificismo ingenuo de quien sólo repite lo que memoriza en la escuela le había roto el corazón a mi parentela más devota. Recibí el desconcierto de sus miradas, tal vez con una dosis a partes iguales de condescendencia y enojo, una mirada que me hizo comprender de inmediato, aunque sólo después abrazaría toda su trascendencia, que el disenso y la sensatez son virtudes de escasa popularidad en algunos contextos, particularmente los más beatos.

Recordé esta disputa teológica al leer “El verdadero Dios”, breve y juguetona inventiva en la que se sugiere que el Alfa y el Omega creó, en efecto, en primer lugar a los gigantescos reptiles del jurásico, pero, “fastidiado de sus excesos”, decidió aniquilarlos mediante el choque de un meteoro con nuestro planeta. Cansado de la soledad del mundo y a manera de una nueva tentativa, el Todopoderoso se aventuró a moldear unos seres “extraños, raros, inquietantes” y les hizo creer que ellos

estaban hechos a imagen y semejanza suya, cuando lo cierto es que “Dios tiene la magnífica forma de un Tiranosaurio Rex”.

El evangelio según René Avilés Fabila es el volumen que integra éste y varios textos más, todos ellos entretejidos por el humor, el desacato y la inventiva, en torno a uno de los temas más polémicos y efervescentes: el cristianismo y el gigantesco gremio que ha arrastrado detrás suyo.

La civilización occidental, o al menos la surgida en Europa, de acuerdo a George Steiner, es deudora de dos grandes narrativas, la herencia griega y la de Jerusalén. El desarrollo cultural, político y económico del Viejo Continente va aparejado al contrapunto de ambas visiones y, sin ninguna duda, el cristianismo ha contado con notable fortuna para extender sus dominios. Esta abrumadora presencia ha hecho de tal credo un blanco tentador para que mentes y sensibilidades variopintas entablen diálogos de índole heterogénea. Desde Lutero hasta Marx, pasando por Sade, Nietzsche y Baudelaire, Milton o Dante, la lista de escritores y filósofos cuya obra se ha acercado a la religión se extiende fecunda, ya sea para confrontar o embellecer su mitología.

Con dicha tradición a cuestas, Avilés Fabila se aventuró en la escritura de un conjunto de textos, en su mayoría breves y diáfanos, en los que se engarzan reflexiones sobre el pecado original, el sexo en la Biblia, la figura de Jesucristo, el Ángel caído y varios tópicos más. Con ánimo provocador, su pluma se pasea por conjeturas y sugerencias, nuevas lecturas, acercamientos desenfadados sobre narraciones que se han petrificado gracias al resguardo voraz de teólogos e iluminados.

La premisa central del escritor aquí es seguir la sugerencia borgesiana de que las Sagradas Escrituras no son otra cosa que una maravillosa obra de ficción y, por tanto, un libro inagotable no sólo en sus

interpretaciones sino, con énfasis, en sus reescrituras. “Como novela —escribe—, la Biblia es perfecta, posee las características de las mejores obras de todos los tiempos, quizá en algún capítulo haya descuidos y los personajes se diluyan en el aire, las fechas sean de poca precisión, pero eso es culpa del tiempo y no de los autores. [...] Como señalaba el escritor Juan José Arreola: ‘Toda belleza es formal’ y la Biblia es, con sus excesos y asperezas, pura belleza”.

En este sentido, pareciera que el autor reclama su derecho a ejercer el elemental acto de contar todo de nuevo, de manera distinta acaso, pero justamente haciendo efectiva la libertad de narrar o entender las palabras no como reglas escritas en piedra, sino desde la comprensión de que ellas son entidades vivas y cambiantes, susceptibles de ser reapropiadas por la imaginación y el sentimiento de quien se aproxima a ellas. Sabe bien Avilés Fabila que no hay en su tentativa una búsqueda por mejorar un libro de tan alta poesía, nadie podría añadir nada a *La Iliada* o *La Odisea*, pero sí atina a descubrir en los relatos del libro sagrado del cristianismo el sustrato portentoso de la condición humana, retratada con el cúmulo entero de contradicciones y deslices propios de los seres imperfectos que somos.

Cada uno de nosotros es un Ulises en pos de Ítaca, un aqueo en mortal combate, un Job desconcertado ante las terribles pruebas recibidas, un Rey Salomón deseando los “pechos de gacela paciendo entre azucenas” de su amada o una serpiente tentando al prójimo. En sentido inverso, los personajes que pueblan las páginas de la Biblia también son agobiados por los mismos defectos de cualquier persona. Así, cuando imagina al mítico Noé, el autor lo dibuja víctima de una resaca, podríamos intuir, provocada por la enorme presión de resguardar al conjunto de la fauna terrestre. Pero ese no es el detalle menor, el navegante del diluvio universal

también tiene descuidos tan graves como haber olvidado las parejas de unicornios, dragones, centauros y sátiros, con la consecuencia obvia de su extinción.

La tesitura particular de René Avilés Fabila transita sobre todo por el humor, quizá una de las herramientas más deliciosamente mortíferas a la hora de la iconoclastia y la desacralización; sin embargo, también es posible leer en las páginas de su particular evangelio notas de férrea suspicacia, críticas de punzante tino. Sus ensayos breves, a veces no más extensos que un párrafo, señalan sin empacho la corrupción histórica de la jerarquía católica, sus desproporciones y abusos, el silencio guardado respecto al destino de la Virgen María y Magdalena o las contradicciones y libertades sobre lugares tan inverosímiles como el purgatorio y el limbo —espacios creados, cabe apuntar, no por el Hijo de Dios, sino por eclesiásticos que justificaron su inventiva mediante una iluminación proporcionada por el Espíritu Santo—.

Este insobornable talante contrasta con una observación que hizo Ignacio Trejo Fuentes al reseñar *El Evangelio según René Avilés Fabila* y que no deja de ser una sugestiva clave a la hora de recorrer las páginas del libro. En su texto apunta: “Católico por necesidad, René se ha mantenido al margen de las prácticas religiosas, y antes bien ha mostrado un escepticismo casi ateo en esas cuestiones...”. Es decir, la postura del autor no es radicalmente la de quien descrea, es un examinador mordaz mas no un impío, su proximidad con la fe es a un tiempo renuente pero, es posible aventurar, también, fascinada.

De ser cierto que su atención a los misterios del cristianismo no era fruto de un escepticismo radical, sino de un regusto por humanizar y comprender el conglomerado de horrores, milagros y contradicciones que ha regido la vida de una porción nada desdeñable de la

humanidad, entonces es posible comprender esa línea de un cuento suyo en la que el personaje principal exclama: “Ah, si Dios me permitiera reescribir la Biblia”.

Y a su modo lo hace. René Avilés Fabila emprende múltiples variaciones sobre una nota, empero, humorística; no obstante, también intenta un esfuerzo por añadir un trazo más en la cadena inagotable de bifurcaciones bíblicas. Si este portentoso libro milenario, como todas las grandes historias, pertenece al perenne flujo de la imaginación de los seres humanos, entonces, aún es posible extender sus posibilidades. En otras palabras, cada escritor hace suyo y prolonga ese ingente relato. La literatura es el milagro mediante el cual se construye la Biblioteca de Babel, el lugar donde se multiplica el infinito. Así, reinventa el nacimiento de Eva, las auténticas motivaciones de Satanás, el duelo entre David y Goliat, el liderazgo de Moisés ante su pueblo y otros tantos pasajes icónicos del Libro de Libros.

El autor posee una revelación, es decir, un arrebató místico si se quiere, un fervor por comprender y, todavía con mayor fuerza, vivir la auténtica humanidad de quienes modelaron al dios que tutela la vida de los católicos. Su interés no es dejarse llevar por los renglones torcidos de Dios, sino escribir esa otra historia que los Padres de la Iglesia olvidaron consignar. El renovado testamento escrito por Avilés Fabila es ilegítimo ante los ojos azorados de la mojigatería, pues destaca no sólo por su infidelidad al canon, sino por que expone un espíritu preocupado menos por la parafernalia religiosa y más por un verdadero humanismo, una vivencia espiritual en donde la lujuria, la carcajada y los claroscuros son tan necesarios como la pureza y la santidad. El suyo es uno más de los evangelios apócrifos condenados por la Iglesia, es decir, literatura que se quiere gozosa, profundamente pagana. ■